

estará representado por 20 alumnos normales o corrientes, junto con 10, a los que podríamos calificar de excelentes, completando la clase un grupo de 10 alumnos regulares.

Como colofón, y adelantándome a la opinión que muchos pueden sustentar, diré:

Sé que muchos profesores, a quienes el problema puede interesar, dirán:

Estupendo saber que, en mi clase tengo 16 alumnos que se desenvuelven dentro de una regularidad ideal; que cuatro de mis alumnos son excelentes, frente a otros cuatro deficientes; que ocho alumnos están en buenas condiciones de rendir, en contrapartida a otros ocho que van sólo a una marcha para salir del paso como pueden...

Pero, ¿cómo localizarlos? ¿Qué métodos emplearé para poner de manifiesto estas individualidades? En suma: ¿Cómo proceder para clasificar a mis alumnos?

El problema es real. Yo mismo me lo he planteado alguna que otra vez.

La respuesta a estos interrogantes no puede darse más que con otro interrogante.

Ni la psicología aplicada, ni la pedagogía experimental pueden resolver, de manera formal, esta cuestión en la actualidad. El problema se sale de los cauces de toda investigación, por meticulosa que sea, y las estandarizaciones en su conjunto no nos ofrecen más que inestables puntos de apoyo donde fundamentar nuestras relaciones.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que en el

campo de la psicología no existan métodos y leyes que pretendan resolver la cuestión. Pero, digámoslo de una vez: la teoría, en educación, es muy cómoda y fácil, y por tal motivo se presta también a una serie de especulaciones y afirmaciones gratuitas, ya que únicamente la práctica continuada y el contacto directo con el niño pueden precisar el verdadero significado y el auténtico valor de todas las innovaciones.

Por tal causa, no todas las técnicas psicológicas pueden ser puestas, de un modo práctico, en manos del maestro, ni todas las experiencias de laboratorio son útiles para la educación.

Por tanto, y mientras llega el día de las grandes realizaciones en el orden educativo, lo más práctico y acertado será fiar en las inquietudes e iniciativas del maestro y aconsejarle que empleando su *método personal de clasificación*, basado, en lo posible, en las más acertadas orientaciones psicológicas, procure llenar este vacío, que, por lo demás, es general, incluso en aquellos países que van en vanguardia en el camino de las ciencias de la educación.

Otras soluciones, lo sabemos por experiencia propia, son pura utopía.

Cuando cada centro educativo disponga de un psicólogo escolar en funciones de consejero y realizador se dará el gran paso en el camino de la efectividad. Pero esto está, todavía, lejos, muy lejos de la realidad.

FLORENCIO OLLÉ RIBA,
Jefe de Estudios del Colegio Nelly. Barcelona.

En torno a la lectura infantil y juvenil

Aparte de numerosos trabajos y artículos a este amplio tema dedicados —cuya cita omito para no cansar al lector—, ya en estas mismas páginas de la REVISTA DE EDUCACIÓN (1) traté ampliamente en líneas generales, incluyendo una extensa bibliografía del tema que hoy me ocupa.

Sin embargo, considero preciso añadir algo más. Y así, en este nuevo artículo, expondré los extremos siguientes: 1.º Panorama de las lecturas para niños y adolescentes; 2.º Actuales preferencias; 3.º Hacia una elevación y renovación temáticas; 4.º Creación de un ambiente más propicio a la lectura infantil-juvenil; y 5.º Formación de los lectores del mañana.

PANORAMA DE LAS LECTURAS PARA NIÑOS Y ADOLESCENTES.

En los últimos veinte años se viene mostrando cierto interés en España por fomentar e incluso, en oca-

siones, por elevar el nivel de las lecturas para niños y adolescentes. La plausible labor que realiza el Gabinete de Lectura "Santa Teresa de Jesús", cuyo "Catálogo crítico de lecturas para niños" ha sido editado por la Dirección General de Archivos y Bibliotecas; la institución de premios literarios, ya con carácter oficial, como el "Lazarillo", por el Ministerio de Educación, o con carácter particular, como los convocados por algunas editoriales —Mateu, entre otras—; la encuesta realizada, el pasado año, por el Instituto Nacional del Libro Español con diversas escuelas sobre libros y lecturas infantiles; y, en fin, el interés de un reducido grupo de escritores —Sanchez Silva y muy pocos más— hacia los temas para niños y jóvenes, merecen no sólo una cita obligada, sino especial gratitud. Pero es igualmente necesario reconocer que todos estos y aun otros esfuerzos aislados, menos conocidos, son insuficientes.

En ocasiones, vienen a perderse en el vacío no sólo por una indiferencia casi total, sino por el predominio numérico —en proporciones masivas— de estúpidas publicaciones que no debieran editarse. Parece extraño que esto ocurra en un país como el nuestro, donde el celo de la censura ha cortado, de raíz, lo pornográfico. Pero es que hay otras publicaciones que, si bien no atentan contra el sexto mandamiento, lo hacen contra otros del decálogo de la Ley de Dios: por ejemplo, las truculencias de "gangsteris-

(1) Cfr. mis artículos *La literatura y la lectura infantil-juvenil*, núm. 81 (1.ª parte), 2.ª quincena de mayo de 1958, págs. 23-28, y núm. 82 (2.ª parte), 1.ª quincena de junio de 1958, págs. 51-56.

mo”, tan en boga. Y de hecho atentan, cuando menos, contra el buen gusto, contra el más elemental sentido estético, otras muchas publicaciones para chicos, adolescentes y jovencitas, precisamente por la vaciedad, la superficialidad y la ramplonería con que están concebidas y escritas.

La censura —en el caso de las publicaciones infantiles y juveniles— debería tener un carácter menos unilateral, quizá menos rígido en algún aspecto y, en cambio, mucho más inflexible ante toda esta oleada de engendros anodinos, huecos de ideales nobles, vacíos también de contenido moral y literario, cuando no contrarios, chabacanós no pocas veces, y, sobre todo, estúpidos.

Es difícil escribir para niños y jóvenes y, de hecho, se escribe poco para ellos. Es más fácil, en cambio, publicar bazofia impresa y envuelta en chillones colorines donde el rojo de la sangre y el negro de las pistolas suelen ser, agrios y sombríos, los tonos dominantes.

Si se hacen algunas honrosas excepciones —cada vez más numerosas, por fortuna, respecto a los libros, pero en cambio, escasísimas, casi inexistentes en cuanto a revistas infantiles y juveniles—, apenas tenemos hoy en España lecturas adecuadas para niños y adolescentes.

Por el contrario, abundan hasta la saciedad las noveluchas del Oeste americano —falsas, absurdas, escritas incluso por españoles que ni siquiera conocen aquellas praderas— y las no menos efectistas y rebuscadas del F. B. I. Abundan, asimismo, las truculencias de guerra y espionaje. Y, para los más pequeños, es avasalladora también la invasión de los llamados “cómic”, los periódicos ilustrados —más grabados que texto— que si, en principio, tienen el plausible propósito de facilitar por la imagen la comprensión de la lectura, abusan de tal manera del sensacionalismo temático y reducen tanto los textos que carecen de todo valor educativo, ya que, lejos de estimularla, le hacen perder al niño el hábito y aun el gusto de la lectura. Ante estos “cómic” de nuestro tiempo, el niño pasa hojas y más hojas para mirar con los ojos, no para leer, infinidad de historietas de colorines, concebidas al estilo de películas cinematográficas, donde el texto se elimina casi totalmente, destruyéndose la más elemental literatura. Este es el pasto espiritual del que se nutren hoy el 90 por 100 de los chicos y adolescentes de España. No creo que llegue a un 10 por 100 el número de los muchachos que tengan a su alcance o que sean capaces de buscar por sí mismos lecturas de mayor dignidad. En cuanto a las niñas y a las jovencitas, no faltan para ellas las novelitas y las revistas viejas y superficiales, con ribetes “rosa”, más propicias a deformar que a orientar.

ACTUALES PREFERENCIAS.

Ante tal panorama dominante de lecturas infantiles y juveniles, no es nada extraño que las actuales preferencias lectoras acusen muy bajo nivel. Es, sencillamente, la más lógica consecuencia.

Resulta verdaderamente aleccionador contrastar aquí algunos datos estadísticos de una encuesta re-

cientemente realizada (2), relativa a preferencias y a las sensaciones predominantes en lectores de revistas infantiles, comprendidos entre los ocho a trece años: la *violencia* la prefiere el 27 por 100 de los chicos y el 10 por 100 de las niñas, y la *fuerza física*, el 39 por 100 y el 13 por 100, respectivamente; en tanto que el *sentido religioso* se acusa en las preferencias del 5 por 100 de los muchachos y del 7 por 100 de las chicas. Los temas de espionaje, guerra y “gangsterismo” ocupan, por ejemplo, el 39 por 100 de las preferencias de los muchachos de seis a ocho años, el 40 por 100 de los de nueve a once años y el 49 por 100 de los comprendidos entre doce a catorce. En cambio, los temas de amena divulgación de la actualidad científica y técnica van del 0 por 100 en los pequeños de seis a ocho años a sólo el 14 por 100 en los de doce a catorce, pasando por el 8,5 por 100 en los niños de nueve a once.

Y, entre las niñas, los temas sobre la vida familiar y escolar —que, lógicamente, gozan de mayor predilección que entre los muchachos— sólo alcanzan, como máximo, el 26 por 100, en las pequeñas de seis a ocho años, para descender al 17 por 100, en las de nueve a once, y mantenerse en una proporcionalidad media —el 22 por 100— en las muchachitas de doce a catorce. Las cifras no pueden ser más expresivas. Se comentan solas y revelan tanto la pobreza y ramplonería temáticas de la casi totalidad de nuestras revistas infantiles como el consiguiente rebajamiento en las preferencias de los pequeños lectores.

Se observa, asimismo —aunque se debe, en gran parte, a lo poco que se cultiva—, la falta de curiosidad intelectual, cuando precisamente es la curiosidad más enciclopédica por conocer y explicarse todas las cosas el rasgo más acusado de la mente infantil.

Se padece también —y a ello contribuye no poco el cine, y lo que es peor, la manera amorfa, masificada, con que se va al cine— una como morbosa predilección por los temas más simplistas o elementales (el superhombre “a lo Tarzán”, el “héroe” del Oeste, los relatos policíacos, las narraciones de guerra y espionaje), como si viviéramos desplazados hacia el más retrógrado o primitivo de los tiempos. ¿Es que están acordes con la civilización de hoy y con la finura de nuestra cultura occidental estas preferencias infantiles?

Se produce también entre los niños y adolescentes de nuestro país una absurda inclinación a los temas y personajes extraños, a lo que contribuyen no sólo la avasalladora influencia del cine, sino la escasez de obras, asuntos y tipos genuinamente españoles. Escasean, de otra parte, la imaginación e inventiva de los dibujantes.

Tarzanes y vaqueros americanos, “gangsters” y policías del F. B. I. y toda la serie interminable de tipos cómicos del cine, desde Charlot, Laurel-Hardy o Groucho Marx hasta los dibujos animados de Walt Disney pueblan, con despótico y casi absoluto dominio, las historietas de los “cómic” y las páginas de los relatos de aventuras.

Gran parte de culpa de ciertas corrientes turbias

(2) Cfr. Antonia Toral Millán: *La adolescencia y su Prensa*, en “Gaceta de la Prensa Española”, núm. 129, julio-agosto de 1960, págs. 439-456.

y oscuras en la juventud del mundo actual —el “gamberrismo” como plaga colectiva, con nombres y matices distintos, que van desde el “gangster”, el “teddy-boy” o el “blouson-noir” al existencialista más o menos equívoco; el despego familiar; la falta de educación y de respeto; la indiferencia cuando no la negación de valores positivos y permanentes; la llamada “angustia vital”—corresponden a ese mundo, también oscuro y turbio, de lecturas absurdas, peli-grosas y estúpidas. Y así, de vez en cuando, no es extraño leer en la prensa diaria que un atracador juvenil, un adolescente homicida, o el jefe de una banda juvenil —como los autores del rapto del hijo de Peugeot— cometieron cualquier hecho delictivo porque les había estimulado a ello la lectura de alguna de estas novelas tan en boga...

HACIA UNA ELEVACIÓN Y RENOVACIÓN TEMÁTICAS.

Se hace, pues, necesaria y urgente la elevación y renovación temáticas en los libros y revistas para niños y adolescentes. Elevación y renovación proporcionadas, claro está, a las diferentes edades psicológicas de los pequeños lectores: con predominio de la fantasía y la ilusión para los más chicos y con un acercamiento progresivo hacia la realidad para los mayorcitos.

Hay que desterrar intereses exclusivamente comerciales para atender a las necesidades y auténticos intereses del niño y del adolescente. Si para ello es preciso perjudicar, de momento, ciertos dividendos editoriales o reducir los ingresos de destajistas por entregas —ya que muchos no merecen el nombre de escritores—, será menos lamentable y de consecuencias menos graves que seguir proporcionando bazofia en grandes cantidades de papel impreso como exclusivo alimento espiritual de la mayoría de los niños y los adolescentes. De este tremendo problema no se han dado plena cuenta todavía ni los padres ni los educadores, y menos aún los desaprensivos que comercian con toda esa mal llamada literatura infantil y juvenil que yo denomino, desde hace años, “infraliteratura”.

Mas, como por otra parte, escribir para niños y adolescentes no es fácil y una literatura formativa a la par que amena tampoco se improvisa con la urgencia y en la medida necesarias, por mucho que se fomente a través de premios o concursos, es preciso pensar, esencialmente, en dos cosas: la elevación moral y literaria de los temas y su renovación.

Para lo primero, hace falta plantear este problema desde arriba, mediante unas orientaciones fundamentales y una intervención de la censura, regulada, eficaz y decidida.

Para la renovación temática se precisa un perfecto asesoramiento —a través de escritores, profesores, dibujantes, etc.— que, a la vez de elevar y dignificar la calidad literaria, amplíe y renueve los asuntos, los tipos, los motivos de la lectura infantil y juvenil. Hay que despertar y canalizar bien la curiosidad del niño y, al mismo tiempo, realizar una tarea de ennoblecimiento al descubrir o destacar al alma infantil valores humanos, sociales, científicos, estéticos o de cualquier otro orden positivo en los personajes de cualquier relato.

No hay que posponer el llamado género de aventuras, que, al presentar una irrealidad como posible, es el que por su novedad y dinamismo, llega muy a lo hondo de la avidez del muchacho. Sólo hay que dignificarlo en cuanto a sus ambientes y al móvil de sus personajes y, en especial, del protagonista que pueda ofrecerse como “tipo” o “héroe” ante los ojos infantiles.

Más o menos relacionados con los libros de aventuras convendrá intensificar otros temas —científicos, históricos, biográficos, etc.— en forma sugestiva, literaria, amena, con profusión de dibujos que animen el texto y, en ocasiones, contribuyan a su más fácil o atrayente comprensión. La historia universal y, en particular, la de España, ofrecen hechos destacables; las conquistas actuales de la ciencia y de la técnica; las costumbres de países exóticos; o, como contraste, la vida en las grandes ciudades; la fauna y la flora; la existencia de los grandes hombres; los valores higiénicos y sociales del deporte; las artes plásticas y la música; la Biblia; y otros motivos más de la vida misma pueden nutrir y ampliar esta temática.

No nos asuste pensar erróneamente que lo científico o lo religioso —sirvan de ejemplos— se salen de la temática infantil. La ciencia, como la filosofía, que, inicialmente, suponen una actitud de asombro ante el mundo y las cosas, se van formando a impulsos de la intuición y hasta de la misma fantasía y no son, en el fondo, sino la más maravillosa de las aventuras. ¿Es que la vida de Edison y su arán incansable hasta lograr la lámpara incandescente no supone una fantástica aventura? ¿No lo es la del matrimonio Curie con el radium? ¿No lo son, asimismo, los viajes de los primeros navegantes y descubridores, desde Vesputio, Magallanes, Elcano o Colón hasta los cosmonautas de nuestros días? ¿No es otra aventura singular la del filósofo que discurre creando un nuevo sistema de ideas, la del artista que pinta o esculpe una obra maestra, la del músico que compone una melodía, la del misionero que evangeliza por el ancho mundo?...

Poseen también la novedad del cuento maravilloso no pocos relatos bíblicos que, adaptados al lector infantil, vienen a ser, como alguien ha dicho “una fábula de fe”.

Dentro de lo puramente literario, la renovación puede hacerse por dos caminos: mediante el estímulo preciso a los escritores de hoy —entre los que hay, por fortuna, algunos singularmente dotados para la temática infantil y juvenil— y a través de una revisión antológica de toda la literatura universal. No vamos a desterrar a los autores consagrados, desde Perrault, los hermanos Grimm y Andersen hasta Verne o Salgari y Walt Disney. Pero está todo ya muy manido. Son temas y tipos archiconocidos, aunque algunos sean permanentes. Conviene entremezclarlos con nuevas páginas que están ya escritas e impresas, pero que es preciso buscarlas.

¿Se conocen hoy suficientemente y en adaptaciones adecuadas ciertos clásicos grecolatinos? Plutarco, por ejemplo, que ha merecido siempre especial preferencia por parte de adaptadores “ad usum delphini”, es hoy, quizá, mal conocido por los adolescen-

tes. Así ocurre también con los grandes autores de las literaturas modernas, y no digamos, de la nuestra. ¿Escribieron esos autores para los niños o los jóvenes? Sin duda que no, porque es muy difícil hacerlo para una edad determinada y porque, probablemente, no se lo propusieron tampoco, ya que las obras maestras se escriben para todas las edades y todos los hombres. Hay autores como Cervantes, como Swift, que no hubieran imaginado jamás que Don Quijote o Gulliver iban a ser personajes del mundo literario infantil. Pero, sin duda, hay otros muchos autores —clásicos y actuales— con la lozanía, con la sencillez y el atractivo suficientes como para ofrecerse a los niños y los jóvenes, ya en adecuadas adaptaciones o en determinados fragmentos antológicos.

¿Por qué no revisar más a fondo tantos buenos libros como se han escrito? Conviene ir sustituyendo acaramelados cuentos, novelitas cursis, inexpressivos relatos y envejecidas fábulas por obras que respondan mejor a las exigencias de una niñez y una juventud más ágiles, más exigentes y, acaso también, más difíciles, como corresponde a esta hora difícil del mundo. Dentro incluso de lo maravilloso, ¿no es verdad que ya resultan de "un fantástico" un tanto "demodé" no pocos relatos que hicieron las delicias de los niños de hace uno o medio siglo? ¿Es que las actuales conquistas de la ciencia y de la técnica no han rebasado hoy las elucubraciones de Verne y de Wells o las fantasías orientales de "Las mil y una noches"?

Hace falta renovar también lo maravilloso, porque todo —como la moda o el humor— va cambiando, más que en sí, en nuestro propio concepto.

Pero, a la vez, hay que ofrecer a los niños y, en especial, a los adolescentes de hoy revistas con un nuevo sentido de la realidad, de mayor amplitud universalista, con el propósito de ensancharles su visión del mundo y de la vida, con el afán de incluirles, ya desde pequeños, en una nueva esfera de convivencia humana, de mutua comprensión y de solidaridad. De esta forma, las llamadas literatura y prensa infantil y juvenil tendrán pleno sentido y serán, a la par que el mejor soporte de la lectura en sus fases iniciales, un instrumento positivo y eficaz de educación.

CREACIÓN DE UN AMBIENTE MÁS PROPICIO A LA LECTURA INFANTIL-JUVENIL.

Esa elevación y renovación de la temática será, en primer término, el medio capaz de crear un ambiente más propicio a la lectura infantil-juvenil. Pero no bastará tampoco con eso. Será preciso multiplicar tales ediciones a precios muy asequibles. Será necesario que todas las bibliotecas públicas posean secciones infantiles —amplias, cómodas, gratas como un hogar, bien dotadas de libros— que desarrollen —como ya vienen haciendo algunas, desde hace años— una intensa e inteligente actividad en pro de esta clase de lectura, mediante horas del cuento, exposiciones bibliográficas, audiciones, cine educativo, lecturas comentadas, charlas y coloquios. Será igualmente necesario que las escuelas cuenten con unas mínimas colecciones de libros fundamentales y se dedi-

que a ellas un espacio precioso a leer: no tan sólo a la técnica de la lectura, sino a enseñar el gusto por la lectura misma, esto es, enseñando a interpretar lo leído y a gozar también con lo leído. Habría que regalar, asimismo, libros infantiles y juveniles a los padres de familias numerosas y, en general, a todos los padres, para que, desde los hogares más modestos, se inculque y se fomente un ambiente favorable a la lectura. Convendría también premiar con libros a los becarios, a los mejores alumnos de los centros docentes. Y, en general, incluir cada vez más el libro entre los objetos de regalo, dentro de la vida social.

FORMACIÓN DE LECTORES DE MAÑANA.

Así será posible ir haciendo desde hoy a los lectores de mañana. Porque, pese a los avances de la civilización actual, nuestra época sigue defraudando a la curiosidad infantil y juvenil, hoy tan mal encauzada. "Nuestra pedagogía —ha dicho Guehenno (3)— es, sin duda, tradicionalmente, en exceso charlatana, autoritaria y orgullosa. Para colmo, se "estandardiza", se mecaniza y distribuye sus recetas y sus píldoras. Le parece que lo sabe y lo dice todo, cuando su objeto debería ser, muy al contrario, promover el deseo y la curiosidad, el afán espiritual. ¿No puede concebirse tal método de enseñanza que haría, en la adolescencia, de la lectura y de la búsqueda de la soledad, una necesidad y un hábito?"

Los padres y los maestros, los profesores y los bibliotecarios no hemos de conformarnos con unas cifras, cada vez más halagüeñas, es cierto, de alfabetización. El peligro, sin embargo, es que existen muchos alfabetizados que no sienten apetencia de lectura, porque no vibra en ellos la más mínima cuerda de curiosidad intelectual. ¿Salieron, acaso, de la escuela o del instituto sin la conciencia clara de que necesitarían siempre el complemento, el consuelo y la ilusión de la lectura? ¿Nadie —padres o maestros— pudo hacerles esta advertencia a tiempo?...

En España no se lee aún en la medida deseable. Pero en España podemos hacer, acaso mejor que en otros países, una espléndida siembra de lectores de un mañana inmediato. Porque, si nos atenemos a las estadísticas, de los treinta millones de españoles, más de nueve —o sea, un tercio, aproximadamente— son menores de quince años, lo que supone una población escolar que rebasa los cuatro millones. Por otra parte, cada año nacen en España unos 600.000 niños.

Estas cifras, por su misma elocuencia, son las más apremiante invitación para que todos tomemos plenamente en serio, abordándolo desde los ángulos más diversos, el problema acuciante de la lectura infantil y juvenil. Porque no hemos de olvidar —y sobre esto, por desgracia, se ha insistido bien poco— que no hay lectores natos. No se nace lector. El lector se hace y se forma desde los años infantiles.

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA.

(3) Cfr. Jean Guehenno: "Lire". París, 1955.